

INFORME FRANCISCANO SOBRE MISIONES JESUÍTICAS EN BAJA CALIFORNIA

Lino GÓMEZ CANEDO

*Academia de Historia Franciscana,
Washington, D.C.*

COMO BIEN SABEN quienes se interesan por la historia de México, el 25 de junio de 1767 empezó a ejecutarse en la Nueva España —mediante bando del virrey Marqués de Croix, de dicha fecha— la orden de expulsión de los jesuitas, que el rey Carlos III había decretado, el 27 de febrero del mismo año, para todos sus dominios. Entre las medidas que se tomaron para sustituirlos en los distintos campos de sus actividades, recibieron especial atención las relativas a las misiones. Por una parte, aquella medida draconiana, y evidentemente abusiva, no tuvo carácter explícitamente antirreligioso, sino que se basó principalmente en motivos político-económicos: sus ejecutores, empezando por el Rey, eran —o creían ser— fieles hijos de la Iglesia. Era natural, por lo tanto, que tratasen de evitar todo perjuicio a las obras de propagación de la fe. Pero el misionero era, además, el único o el más eficiente conducto de relación entre el indígena y las autoridades virreinales, y la mejor garantía de una paz que no convenía turbar más de lo que ya lo estaba en las “fronteras de la gentilidad”. Debía buscarse la manera de que los indios sintiesen lo menos posible el cambio de misioneros.

En la Nueva España —como en el resto de Hispanoamérica— la tarea de sustituir a los jesuitas fue confiada en su mayor parte a los franciscanos. Aunque sometidos ellos mismos a un extenso y pesado esfuerzo misional —Nuevo México, Texas, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Tampico, Sie-

rra Gorda, más regiones dilatadas de Centroamérica— los franciscanos eran, por entonces, los únicos capacitados para asumir una tal responsabilidad, gracias a su número, su experiencia y sobre todo al espíritu apostólico que habían reavivado en la Orden los llamados colegios de misiones de Propaganda Fide, desde fines del siglo xvii. Así el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro —primero de cuantos hubo en América, fundado en 1683— si bien tenía ya misiones en el Río Grande y Texas, se hizo cargo de las que los jesuitas administraban en las Pimerías (noroeste de Sonora); el Colegio de Guadalupe (Zacatecas) hizo lo mismo en la Nueva Vizcaya. A San Fernando de México, por su parte, le tocó la Baja California. Es la parcela que aquí nos interesa.

San Fernando se encontraba falto de personal, pero aceptó el nuevo campo de apostolado, aunque con la condición de que se le autorizase a coleccionar un grupo de misioneros en España, lo que otorgaron las autoridades del virreinato. Se le permitió retirar, además, cinco misioneros de la Sierra Gorda: uno de los dos que residían en cada una de sus cinco misiones. Con estas providencias, fue determinado que nueve religiosos saliesen inmediatamente del Colegio rumbo a la Baja California, los cuales partieron efectivamente el 16 de julio de 1767. Eran fray Junípero Serra, presidente, y los sacerdotes fray Francisco Palou, fray Juan Morán, fray Antonio Martínez, fray Ignacio Gastón, fray Fernando Parrón, fray Juan Sancho de la Torre, fray Francisco Gómez y fray Andrés de Villaumbrales. Por Querétaro y Guadalajara —en ninguna de cuyas ciudades hallaron, como esperaban, a los cinco compañeros que debían unírseles de la Sierra Gorda— hicieron su camino hasta Tepic, que se hallaba atestado de tropas para la campaña del Cerro Prieto en Sonora. La falta de transportes les obligó a detenerse allí hasta mediados de marzo de 1768, con gran impaciencia de todos, en especial de Serra; dedicaron estos meses a la predicación en las comarcas y poblaciones vecinas, y mientras tanto llegaron también los cinco misioneros de la Sierra Gorda. Un intento

de Serra, en la segunda mitad de agosto de 1767, para hacer pasar a la Península una avanzada constituida por los padres Palou y Morán, fracasó al verse forzada la embarcación que los llevaba— y al gobernador Gaspar de Portolá, con un corto acompañamiento— a regresar a puerto, debido a furiosa tormenta que estuvo a punto de tragarlos a todos.

Embarcados, por fin, el 14 de marzo en el pequeño paquebote *La Concepción*, el 1 de abril de 1768 anclaban en la rada de Loreto. Eran en total dieciséis franciscanos, pues además de los cinco de la Sierra Gorda (Juan Crespí, José Murguía, Miguel de la Campa, Juan Ramos de Lora y Fermín de Lasuén) el Colegio había enviado últimamente otros dos —fray Dionisio Basterra y fray Juan de Medinaveitia— a fin de que ninguna de las catorce misiones jesuíticas quedasen sin ministro. Serra distribuyó sin tardanza a sus misioneros, quienes el 6 de abril salían cada cual para su destino. Así comenzaba el período franciscano de las misiones bajocalifornianas, que sólo duraría hasta 1772, y aun estos pocos años transcurrieron en trabajos de reorganización y bajo una cierta sombra de provisionalidad, ya que desde muy temprano empezaron las negociaciones para que los dominicos se hiciesen cargo de aquellas misiones, mientras los franciscanos concentraban sus esfuerzos en el nuevo y fecundo campo de la Alta California. De hecho, los hijos de Santo Domingo tomaron posesión de aquellas misiones bajocalifornianas en la segunda mitad de 1772, y su labor allí hasta bien entrado el siglo XIX fue muy notable, dejando huellas que subsisten todavía. Hubo, pues, en la historia misional de la Baja California, tres períodos: jesuítico, franciscano y el dominico.

Los franciscanos de la provincia de Jalisco habían intentado mucho antes “ir a la conversión de las islas Californias” —tal como dice el documento respectivo— y su ofrecimiento fue admitido oficialmente por el virrey Marqués de Cadereita (19 mayo 1636). Años después, dos franciscanos pasaron en la expedición de Francisco Lucenilla (1668) y al año siguiente aparece su Orden discutiendo dichas mi-

siones a los jesuitas, algunos de los cuales habían visitado la Península en 1642 y 1648; los jesuitas tomaron, al fin, la delantera a los franciscanos en aquella empresa misional, a partir de la expedición exploratoria del almirante Atondo y Antillón (1683) en la que tuvo participación sobresaliente el célebre padre Eusebio Francisco Kino. Pero la primera misión jesuítica —Loreto— no fue establecida hasta 1697.

En conjunto, la historia misional de la Baja California no ha sido suficientemente explorada, a pesar de que abundan los materiales para hacerlo. La historiografía jesuítica —la más copiosa, como es lógico— ha sido siempre y sigue siendo excesiva e innecesariamente apologética, y suele ignorar la obra de los demás. Para el período franciscano tenemos las *Noticias de la Nueva California* por fray Francisco Palou, quien dedica la primera parte a la Baja California, con valiosos datos de primera mano, puesto que se trata de un testigo y de un historiador imparcial; pero esta obra es hoy de muy difícil consulta en las dos malas y viejas ediciones que de ella se hicieron (México, 1857 y San Francisco, 1874). Y tampoco suele encontrarse en nuestras bibliotecas la posterior traducción inglesa de Bolton. Respecto a los dominicos, hay la excelente obra de Peveril Meigs, *The Dominican Mission in Lower California* (Berkeley, 1935) pero estudia sólo el aspecto material de las misiones. Las *Noticias* de fray Luis de Sales, O.P., son demasiado sumarias y además comprenden un lapso muy corto del período dominico. Baja California no fue seguramente el ejemplo más brillante de éxito misional en América, no obstante lo que digan relaciones y cartas edificantes de los misioneros; pero quizá hayan sido éstos quienes analizaron con mayor profundidad las posibilidades de desarrollo de la Península. Muchos de los datos y consideraciones que nos dejaron sobre geografía, recursos naturales, cultivos, riegos, promoción social, distribución de poblaciones y otros problemas, podrían, en mi opinión, ser muy bien aprovechados por los planificadores de hoy.

Acaso pueda afirmarse que los franciscanos, en el breve

tiempo que permanecieron en la Península, se distinguieron por su afán planificador. Excitados por la desbordante actividad reformadora de Gálvez, o por la necesidad de tomar posición ante sus proyectos, y ante un estado de cosas que exigía urgente remedio, algunos de aquellos frailes revelaron, al lado de su labor espiritual en la cristianización de los indios, extraordinaria capacidad para buscar medios de civilizarlos. Entre ellos destaca fray Francisco Palou, sucesor de Serra en la presidencia de aquellas misiones, cuando el último, en marzo de 1769, salió para la Nueva o Alta California. Palou había pasado de su nativa Mallorca a la Nueva España en 1749, en compañía de su compatriota y maestro fray Junípero Serra. Ambos hicieron sus primeras armas misioneras en la Sierra Gorda, donde también Palou sucedió a Serra en la presidencia. Entregadas las misiones de la Baja California a los dominicos, se reunió con su maestro en las de la Alta, siendo el fundador de San Francisco. Cuando en 1784 se disponía a embarcarse en Monterrey para México —enfermo y acabado a los 62 años— Serra cayó allí enfermo de una grave dolencia: el 28 de agosto fallecía, habiéndole administrado la extremaunción el propio Palou. Tuvo éste que hacerse cargo de la presidencia de las misiones y regresó a San Francisco, donde el 28 de febrero de 1785 firmaba la dedicatoria de su *Vida* de fray Junípero Serra, impresa en México en 1787, todavía hoy la obra fundamental sobre aquel extraordinario misionero. Logró, por fin, retirarse a su Colegio de San Fernando de México, del que fue todavía elegido guardián (julio de 1786) falleciendo en Querétaro el 6 de abril de 1789, sin haber terminado su trienio.

De la primera generación de misioneros californianos, quizá haya sido Palou quien poseyó el conjunto más equilibrado de dotes. Sin el aura carismática de Serra, desde luego, pero con suficiente sentido para comprender y apreciar sus intuiciones, Palou supo armonizar la energía con la serenidad y la calma; no es un político calculador que disimule su pensamiento, antes habla y escribe con entera franqueza, pero logra, sin embargo, evitar el choque directo

con las autoridades civiles y militares, aun las más enfadosas. No es tan soñador que ignore la realidad tangible e ingrata, pero la soporta cuando es necesario, sin desmayo ni exageradas lamentaciones. Se revela como un administrador hábil y diligente. Como escritor, es sencillo y directo, sin muchos adornos pero correcto y lógico. Se percibe que cuenta honradamente las cosas tal como él las vio, y estuvo en posición de verlas bien. Además de sus dos obras impresas —la *Vida* de Serra y las *Noticias*— existe de él un copioso e interesantísimo epistolario, así como informes y memoriales llenos de datos y sugerencias. La carta que hoy ofrezco a los lectores de *Historia Mexicana* es un simple relato de los comienzos del período franciscano en las misiones de la Baja California. Relato optimista, aunque no desbordado: ni críticas al pasado, ni pintura rosada del presente, y cautas esperanzas para el futuro. Algunos meses más adelante, en su informe del 24 de noviembre al guardián de San Fernando, habla ya con menos optimismo sobre los problemas que iban surgiendo; y la pintura se hace más oscura en otro informe de 10 de enero de 1770 al mismo destinatario. Las medidas tomadas por Gálvez, que los misioneros aprobaron en principio, estaban fallando en gran parte, tanto por causas naturales como por la resistencia de los indios y la falta de cooperación —en algunos casos— de quienes debían llevarlas a cabo. Ciertas de aquellas medidas, por otra parte, se habían revelado inconvenientes. Palou había suspendido algunas y reclamaba contra otras. Es muy probable que Gálvez, ante las reclamaciones de los misioneros, hubiera puesto remedio a tales inconvenientes, *pero* hoy sabemos que se hallaba incapacitado en Sonora por grave enfermedad, y ello fue un rudo golpe para las misiones de la Baja California. Pero esto constituye otro capítulo. De momento, veamos cómo Palou apreciaba la situación en mayo de 1769.

NOTA DOCUMENTAL Y BIBLIOGRÁFICA. Me ha parecido innecesario recargar esta breve introducción con notas a pie de página; creo que pueden ser sustituidas con las indicaciones que siguen.

Quien desee investigar sobre el período misional franciscano de la Baja California debe acudir principalmente a dos archivos: el de Indias, en Sevilla, y el General de la Nación, en México. Del primero ha inventariado muchos documentos sobre el tema Charles E. CHAPMAN en su *Catalogue of Materials in the Archivo General de Indias for the history of the Pacific Coast and the American Southwest* (Berkeley, 1919) y para el segundo sigue siendo la mejor introducción, al cabo de tantos años, la *Guide to Materials for the history of the United States in the principal archives of Mexico* (Washington, 1913). En el Archivo General de la Nación se conserva la colección más importante del epistolario del P. Palou (*Documentos para la historia de México*, segunda serie, tomos I y XV). El t. III de esta colección contiene otros importantes documentos sobre las misiones de Baja California durante los períodos franciscano y dominico. Y no son éstos, ni mucho menos, los únicos materiales de interés para la historia de la Península que encierra dicho repositorio.

Importante a nuestro propósito es también el archivo histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que posee, entre otra mucha documentación, un valioso lote de cartas de José de Gálvez relativas a la reorganización de la Baja California en 1768-69. Sobre las misiones franciscanas contiene documentos de interés el llamado "Fondo Franciscano" del citado archivo. Algo de esto publiqué, o indiqué en mi libro *De México a la Alta California* (México, Editorial Jus, 1969).

Sobre las pretensiones de los franciscanos de Jalisco (1636-1669) para que las misiones de la Baja California se les asignasen a ellos y no a los jesuitas, hay un interesante documento en la Biblioteca Nacional de México, "Archivo Franciscano", caja 3.

Por lo que toca a bibliografía, además de las obras ya mencionadas, merece consultarse la del padre Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California*, según el título de la traducción española (México, 1942) que da una idea que parece bastante realista del estado de las misiones de la Baja California en vísperas de la expulsión de los jesuitas, aunque conviene descontar la comprensible amargura y pesimismo de quien escribía en el destierro. Y como muestra de lo que he calificado de exceso apologético y exclusivismo en la historiografía jesuítica, creo que basta fijarse en la clásica obra del padre Peter M. DUNNE, *Black Robes in Lower California* (Berkeley-Los Ángeles, 1952; reimpresión recientemente) y sobre todo en la inefable desenvoltura con que el padre Félix ZUBILLAGA trata éste y otros puntos en el volumen dedicado a México, América Central y Antillas de la *Historia de la Iglesia en la América Española* (Madrid, Biblioteca de Autores Espa-

ños, 1965). Después de ocuparse largamente de las misiones de los jesuitas en Baja California, hasta la expulsión de aquéllos en 1768, concluye con este párrafo: "A los exiliados jesuitas sucedieron en aquellas misiones los franciscanos, que, llegados a Loreto el 1 de abril de 1768, fundaban la misión de San Fernando de Belicatá, 14 de mayo de 1769, y trasladan a ella la jesuítica de Santa María. La corona entrega aquella cristiandad en 1770 [?] a los dominicos, que erigen algunos otros puestos misionales y, en 1788, administraban 17."

Es decir, desaparecida de escena la Compañía de Jesús, se acabó la historia de la Iglesia en Baja California. Y no sólo allí, pues Zubillaga sigue el mismo procedimiento respecto a las restantes misiones jesuíticas de la Nueva España. Y de las nuevas establecidas en la Alta California no hallo que haga siquiera mención. El nombre de fray Junípero Serra no aparece en esta pretendida historia eclesiástica de la Nueva España.

Reverendísimo Padre Nuestro, / Fray Manuel de Naxera: ¹

Mi muy venerado padre Comisario General: Hallándome en la Misión de San Francisco Xavier de esta Península de California, llegó de paso a despedirse de mí el R.P. Lector y Presidente de estas Misiones, Fray Junípero Serra, el día 30 de marzo, que se iba por tierra a la fundación de las nuevas misiones de Monte-Rey, y el principal de los cargos que me hizo su reverencia fue el que en su nombre escribiese a Vuestra Paternidad Reverendísima, dándole razón de estas Misiones, que él no lo había hecho hasta ahora porque esperaba hacerlo luego de concluida su visita del Ilustrísimo Visitador General Don José de Gálvez, para poder dar extensa noticia de todo a Vuestra Paternidad Reverendísima; pero que la repentina salida para Monte-Rey, y antes de subir a Loreto dicho Ilustrísimo Señor, lo ha hecho quedar mal con Vuestra Paternidad Reverendísima, aunque va con el ánimo de, si le diere lugar la caminata, de ejecutarlo; a lo menos de las nuevas misiones no dexa-

¹ Comisario general de las provincias franciscanas de la Nueva España desde 1761. Fue el último en desempeñar este cargo, suprimido durante su gobierno. Nacido en España, había vestido el hábito franciscano (1738) en la Provincia del Santo Evangelio de México. Ésta le mandó en 1753 como su "custodio" o representante al capítulo general de la orden, al mismo tiempo que todas las provincias de la Nueva España le hacían su procurador en la Corte de Madrid. Falleció en México a principios de 1772, después de haber tomado parte como teólogo en el IV Concilio Mexicano.

rá de practicarlo desde Monte-Rey. En cumplimiento del encargo que me hizo, de que yo lo hiciese de éstas, paso con la bendición de Vuestra Reverendísima a hacerlo con ésta, suplicándole me perdone mi basto estilo, pues no pretendo más que darle individua noticia de todo desde el día en que llegamos a esta Península, que fue el primero de abril del año pasado de 768.

Dicho día desembarcamos con felicidad en la bahía de este Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto los diez y seis religiosos del Apostólico Colegio de San Fernando, subditos de Vuestra Paternidad Reverendísima, y quedándose el Reverendo Padre Presidente con un compañero para el Presidio y Mision, destinó los 14 para las demás misiones de que se compone esta Península, a más de la dicha de Loreto, que son (empezando desde el cabo de San Lucas hasta la última del la infidelidad): la de San José del Cabo; la de Santiago de los Coras; la de Nuestra Señora del Pilar, vulgo Todos Santos; la de Nuestra Señora de los Dolores, nombrada la Pasión; la de San Luis Gonzaga; la de San Francisco Xavier; la de San Joséph Cumundú; la de la Purísima de Cadegomó; la de Nuestra Señora de Guadalupe; la de Santa Rosalía de Mulexé; la de San Ignacio; la de Santa Gertrudis; la de San Francisco de Borja y la de Santa María. Para donde salimos de este Real Presidio el día 5 de dicho mes, divididos en dos trossos, los ocho para el norte y los seis para el sur, por estar en filera las misiones, con largas distancias la una de la otra, de manera que desde el cabo de San Lucas hasta Santa María hay mas de trescientas leguas, y de malísimos caminos, faltos de agua y de pastos, porque había cinco años que no llovía, aunque, gracias a Dios, este año pasado llovió bien, con que se ha mejorado la tierra y se están coxiendo buenas cosechas de trigo.

Llegaron todos sin novedad a sus respectivas misiones, siendo todos recibidos de los indios con especiales demostraciones de alegría, haciéndose tanto de nosotros como si no hubiesen conocido Padres Jesuitas, y dan bien a entender que están más contentos que con los Padres que los criaron y que eran los únicos que habían conocido.² Pues con la llegada de los dos Padres compañeros

² En sus *Noticias de la Nueva California*, parte I, caps. 1 ss. (México, 1857; *Documentos para la historia de México*, cuarta serie, t. VI) se ocupa Palou ampliamente de esta sustitución de los jesuitas por los franciscanos en las misiones de la Baja California. La causa de haber sido tan bien recibidos por los indios refiere allí Palou que fue la siguiente: los jesuitas habían renunciado dichas misiones y estaban esperando a sus sustitutos; cuando, en vista de la falta de transportes en San Blas, el

a las dos misiones de la raya de la infidelidad, que son San Borja y Santa María, ocurrieron muchas rancherías de gentiles a pedir el bautismo, los que, instruidos, se han ido bautizando, y según escriben los Padres van continuando en catequizar a otros que se van agregando.

Luego de llegados los Padres a sus respectivas misiones, les entregaron la iglesia y casa, quedando al cargo de un soldado comisionado las temporalidades de las misiones, quien corría hasta con la comida de los Padres Misioneros, de quienes fueron todos bien tratados, sin que haya habido la menor queja sino una buena conformidad e igual correspondencia. Así corrieron las misiones hasta que determinó el Ilustrísimo Señor Visitador se entregasen las temporalidades de las misiones a los Padres Misioneros, para su económica administración.

Día 5 de julio desembarcó en Serralvo el Ilustrísimo Señor Visitador General y el día doce de dicho escribió al Reverendo Padre Presidente y a cada uno de los Ministros de las misiones en particular, pidiendo el Padrón de los Indios y un Informe exacto del estado de las misiones, así de lo espiritual como de lo temporal, el cual se dio con toda fidelidad e individualidad, sin ponderar cosa alguna. Estos informes, según noticia que tengo, los iban a imprimir por orden del Excelentísimo Señor Virrey, y siendo así

governador Portolá decidió adelantarse en una pequeña embarcación y fray Junípero Serra obtuvo de él que le acompañasen los padres Palou y Gastón, aunque el barquillo de éstos fue obligado a regresar por una furiosa tormenta, la lancha que les seguía con el equipaje tocó en un punto de la Baja California, y por medio de sus marineros se filtró y llegó a los jesuitas el rumor de que venían otros misioneros a sustituirlos y que éstos eran franciscanos de los colegios de misiones; los jesuitas, que al menos en Querétaro —cuna del primogénito Colegio de la Santa Cruz— habían mantenido particulares relaciones de amistad con tales misioneros, se alegraron de que ellos fueran a sustituirlos y se los ponderaron a los indios. Éste habría sido el motivo de que los indios no extrañasen el cambio.

No hay contradicción entre este cuadro optimista y el pesimista que pinta del cambio de misioneros el jesuita expulso padre Baegert, pues dicho escritor, aparte de la comprensible amargura que nubla probablemente su juicio, se refiere no a los misioneros del Colegio de San Fernando sino a los de la provincia franciscana de Jalisco, quienes —mediante una complicada maniobra que no es el caso de explicar aquí— hicieron una efímera aparición en Baja California antes de los fernandinos.

por ello se podrá saber cómo estaba en la realidad esta Península cuando nosotros llegamos: pues aseguro a Vuestra Paternidad Reverendísima que con toda legalidad se informó a su Ilustrísima de los puntos que fuimos preguntados, y lo mismo ejecutaron los comisionados.³

A principios de agosto visitó S.S. Ilustrísima las misiones del cabo de San Lucas, que son la de Santiago de los Coras, de San José del Cabo y la del Pilar o Todos Santos, y de la resulta de la visita el día 12 de dicho mes dio decreto para que los comisionados entregasen a los Padres Misioneros las temporalidades de las misiones para su económica administración, lo que luego ejecutaron, agravándonos la carga, aun que con el consuelo de que con ella se adelantará más en lo espiritual.

Habiendo Su Ilustrísima en la visita hallado las tres misiones dichas tan despobladas de indios y gozando lindas tierras de panllevar y abundantes aguas para el riego, y visto por el informe que las dos misiones nombradas los Dolores o Pasión y San Luis Gonzaga, que por carecer de dichos beneficios de tierras y agua, no podrían adelantarse, ni los indios vivir bajo de campana, dio decreto para que todos los indios de las dos nombradas misiones se pasasen a vivir a la de Todos Santos, y los pocos que vivían en

³ El presidente de las misiones, fray Junípero Serra, reunió estos datos en un informe general, fechado en el Real de Santa Ana a 3 de noviembre de 1768. Según este informe o padrón, los indios eran en total —incluidos “hasta los recién nacidos”, como escribe más adelante Palou— 7 149, distribuidos en 53 rancherías; había 1 904 matrimonios con 2 138 hijos; 382 viudos y viudas con 254 hijos; 399 entre solteros y solteras con 7 hijos —todos éstos en la Misión de San Francisco de Borja, donde vivían 229 del total de solteros y solteras—, mientras en la Santa María habitan otros 118. Otro padrón de la misma fecha nos da el número de 520 personas, entre españoles y “gentes de razón” (incluidos 42 soldados) más 219 indígenas de Sonora y Sinaloa que trabajaban en las minas o en las misiones como sirvientes. Publicó estos documentos, que se conservan en el Archivo General de Indias (Sevilla), Fidel de Lejarza en *Archivo Ibero-Americano* (Madrid) segunda época, IX, 1949, pp. 454-459. Para que el lector pueda hacerse una idea de lo que significan estas cifras respecto al estado de la Baja California en 1768, le doy unas cifras paralelas: las cinco misiones de la Sierra Gorda, establecidas en 1744, contaban en 1761, con 3 558 personas, habiendo sufrido una devastadora epidemia poco después de fundadas. Las trece misiones que administraba en 1762 la Custodia de Rioverde (dependiente de la provincia franciscana de Michoacán) tenían un total de 15 939 fieles, la gran mayoría indios.

ésta se juntasen en Santiago, para que formasen un buen pueblo, y por ser todos ellos ya ladinos y hábiles para vivir, se les puso cura secular. A la Misión de Santiago se le agregaron trece familias de la Misión de San Xavier, y algunas de españoles, con que queda poblada dicha misión, y por la misma razón que la de Santiago [sic] ha decretado que se ponga cura clérigo, pero ínterim se halla a quien poner la está administrando el padre predicador Fray Juan Morán, con el agregado de la población de los españoles que se está juntando en el mero Cabo de San Lucas, como 6 leguas distante de dicha misión. A más de dicha población se ha fundado otra mayor no muy lejos de los reales de minas, llamada la Real Población de Santa Ana; se ha erigido la iglesia en curato, que ya está colado por el Señor Obispo de Guadalajara, y se han puesto fábricas de oficios mecánicos, y de las misiones se han enviado algunos muchachos para que aprendan los oficios y después de instruídos se restituirán a sus respectivas misiones a enseñar a otros. Con las dichas disposiciones sólo quedan a cargo de los religiosos del Colegio de San Fernando once misiones en esta Península y de ellas sólo dos en la raya de la infidelidad y las demás de neófitos, bien atrasados como podrá verse en los informes, si es que se han impreso.

Habiendo el señor visitador general visto por los padrones e informes de todos los Padres Misioneros que los indios de todas las misiones, incluyendo hasta los recién nacidos y bautizados, no eran más que siete mil ciento cuarenta y nueve, y que estos estaban tan mal repartidos que en las misiones que carecían de tierras y aguas tenían muchas familias y al contrario las que abundan en tierras carecían de ellos, precediendo informe de los Padres Misioneros sobre qué familias podría mantener cada misión según la tierra que posee, dio la providencia de arreglar las misiones, con el orden apretado de que todos viviesen bajo la campana y no en los montes como fieras, como hasta aquí han vivido. Cuya providencia en la mayor parte queda practicada con feliz éxito y se va continuando lo demás que falta, sin que hasta la presente haya habido la menor repugnancia en sacarlos de su fe.

Esta Misión de Loreto, que era la capital y la primera que se fundó, se componía de solas 17 familias y queda arreglada a ciento que van viniendo de los sobrantes de las otras misiones, de modo que, siendo la más antigua, queda la novísima. Al mismo tiempo se funda un colegio de niños huérfanos, que vienen de todas las misiones, de ocho a diez años, que se han de emplear en alabanzas de la Virgen, y cuando más grandecitos a lo marítimo, a la pesca y al buceo de la perla, y cuando estén grandes y ya instruídos, se regresarán a sus respectivas misiones para surtir las lanchas que se están fabricando en el astillero de San Blas, una para cada

misión, para la pesca y buceo, a sus tiempos. A esta Misión se le ha hecho la gracia de una lancha bien capaz y del todo aperada, con la que han de salir los indios de ella al buceo a mediados de julio, que con lo que se recogiere podrán vestirse y ayudarse para la manutención. Lo mismo han de practicar las misiones de Santa Rosalía y de San Borxa, que ya tienen canoas, y las demás luego que les vengan de S. Blas.

Todas estas acertadas providencias, que para el bien de esta Península ha dado este Ilustrísimo Señor, no lo han distraído del principal asunto tan recomendado de Su Majestad (que Dios guarde) de la conquista y conversión de los indios de Monte-Rey, pues a ese fin se detuvo en el sur hasta ver salir la expedición de mar para dicha conquista. El primero pacabot [sic] llamado *San Carlos* salió el día nueve de enero de este año del puerto de La Paz, y en él se embarcó el padre Fray Fernando Parrón; y el día quince de febrero salió del Cabo de San Lucas, el otro nombrado *San Antonio*, y en él los padres Fray Francisco Gómez y Fray Juana Viscaíno, que acababan de llegar a dicho cabo con los padres Fray Juan Escudero y Fray Benito Sierra.⁴ Salieron ambos barcos con el destino de arribar a un puerto llamado San Diego, más de cien leguas antes de el de Monte-Rey, y de desembarcar allí parte de las provisiones y víveres, así para la expedición que va por tierra como para fundar dos misiones, la una en dicho puerto, siendo patrono el Señor San Diego de Alcalá, y la otra en el paraje que se hallase más a propósito en la medianía entre San Diego y Monte-Rey, dedicada al Santo Doctor San Buenaventura; y hecho el desembarque de San Diego, han de navegar a Monte-Rey, y dejando lo principal y fundada una mision dedicada a San Carlos, pasarán al puerto de San Francisco, a fundar otra dedicada a nuestro santo patriarca San Francisco. A más de las cuatro misiones dichas, se han de fundar otras dos dedicadas a santos de la Orden (aunque todavía no están nombrados); estas se han de poner en los sitios que hallaren más a proposito los que van en la expedición de tierra.

Esta va en dos trossos, en el primero el señor capitán de la Compañía de la Península, llamado don Fernando Rivera y Moncada,

⁴ Los tres últimos procedían del Colegio de San Fernando, quien los envió con el fin de llenar los huecos que iban dejando los misioneros destinados a la Alta California. Palou, *Noticias*, parte primera, cap. 8, p. 39, dice que llegaron al Cabo de San Lucas "por el mes de febrero" de 1769. Fray Francisco Gómez pertenecía al primer grupo destinado a la Baja California en 1767, pero ahora había quedado disponible al ser suprimida su misión de la Pasión.

con la mayor parte de los soldados y con ellos el padre predicador Fray Juan Crespi; esta parte de la expedición de tierra salió del paraje nombrado Villacatá (que es lo último que se había descubierto, veinte leguas más adentro de la misión de Santa María) el día 24 de abril y hasta la presente no se ha tenido noticia alguna; siendo así que de dicho paraje hasta el de San Diego se hace cómputo que no llega a dos grados de distancia; ni menos se ha sabido de la expedición de mar, aunque desde las rancherías de la Misión de Santa María vieron pasar los barcos con viento favorable: iban ambas expediciones bien proveídas de todo y así esperamos el feliz éxito.

El otro troso de la expedición de tierra se halla ya en dicho paraje de Villacatá,⁵ detenidos en la faena de mudar en él la Misión de Santa María de los Angeles,⁶ por tener tierras y aguas de que carecía el paraje en que estaba fundada, y por que está más a propósito para escala para las nuevas que se van a fundar. En esta parte de expedición va el Señor Gobernador de la Península y comandante general, don Gaspar de Portolá, con lo restante de la Compañía y con él el Reverendo Padre Presidente Fray Junípero Serra y el padre predicador Fray Miguel de la Campa. Toda esta expedición va caminando en busca del puerto de San Diego, y de allí ha de cruzar hasta el de Monte-Rey. Llevan muchas provisiones y mucho ganado vacuno para criar, y para todas las misiones muchos y ricos ornamentos, campanas y demás alhajas, así de iglesia como de sacristía, sin que falte lo más mínimo de cuanto se ha considerado ser necesario o útil. Quiera la Divina Magestad que se consiga el deseado fin.

El día catorce de abril se embarcó en este puerto de La Paz el Ilustrísimo Visitador General en el nuevo Pacabot *San Joseph*, y llegó el 22 de dicho a la bahía de este Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto, y habiendo visitado el real presidio y misión, dadas algunas providencias de buen gobierno, y que se iban prac-

⁵ Por lo general, los documentos de la época escriben "Vellicatá"; el propio Palou lo hace así en su informe de 24 de noviembre de 1769 (AGN. México. *Documentos para la historia de México*, segunda serie, vol. I, f. 44v). Véase mi libro: *De México a la Alta California* (México, Editorial Jus, 1969).

⁶ Era la última de las misiones fundadas por los jesuitas (1766). Su nombre original parece haber sido *Santa María*, aunque Baegert la llama *Nuestra Señora de la Columna*. Deben haber sido los franciscanos quienes le añadieron el apelativo "de los Angeles", advocación mariana unida íntimamente a la historia de su Orden.

ticando las órdenes que había dado para las misiones del norte, y que con ellas se iba mejorando la Península, no quiso detenerse más que ocho días y así se embarcó en el mismo barco el día primero de mayo, y desembarcó el 9 de dicho en la Ensenada de Santa Bárbara, costa de Sonora, con el destino de hacer su asiento en el Real de los Alamos; esperamos por instantes el dicho Pacabot *San Joseph* que ha de venir a este real y misión de Loreto a proveherse de víveres y carga para Monte-Rey, que ha de salir en todo este mes, y en dicho se embarcará, en el cabo de San Lucas, el R. Padre Fray Joseph Murguía con quien se completa el número de siete religiosos que caminan a la fundación de las seis misiones de Monte Rey, quedando doce para las once de esta Península, todos de V. Paternidad Reverendísima renditos [sic] súbditos, trabajando con alegría para gloria de ambas majestades y honra de nuestra Seráfica Religión.⁷

Padre Nuestro Reverendísimo: Esto es en substancia y en general lo que por ahora puedo noticiar a Vuestra Reverencia, y no me detengo en lo particular de cada misión, ya por lograr la ocasión de barco que va a salir, como también por lo que digo arriba, de que los informes particulares lo thraen por extenso y ya correrán impresos. Suplico a V. P. Reverendísima perdone las faltas y borrones, que no tengo tiempo para trasladarla; en otra ocasión siendo del agrado de vuestra Reverencia, lo haré más despacio, noticiándole lo que ocurriere.

Deseo a V. P. Ra. muy cumplida salud con mucha gracia de Dios a quien pido que de su importante vida para bien de la Religión Seráfica y consuelo de todos sus súbditos los años de mi deseo. Real Presidio y Misión de Loreto en 19 de mayo de 1769.

Revendísimo Padre Comisario General: B.L.M. De V.P. Rma. el menor de los súbditos que venera y ama en el Sr.

Fr. Fran.^{co} Palou [Rúbrica]

⁷ Por fortuna, el padre Murguía no llegó a embarcarse en el *San José*, porque este barco desapareció en el mar sin dejar rastro, durante su viaje a los puertos de la Nueva California.